

## Remedio casero

(Cuento escrito por la hija de Ramón Marquix)

Entre quejidos e injurias, Mariángela se levantó como pudo de la cama. Qué va, ni la siesta ni las pastillas que le habían indicado en la farmacia le habían ayudado. ¡Ese maldito dolor de espalda la estaba enloqueciendo! Sin aviso, flechazos de un dolor paralizante se le disparaban desde la base de la nuca hasta la cintura. Le ardían. La dejaban sin respiro. Ingrato malestar, le vino así, de repente, como para recordarle solamente que ya dentro de poco cumpliría cincuenta y tres.

Desesperada, abrió el armario. Como el dolor no la dejaba erguirse, casi sin mirar metió la mano hasta el fondo, entre un sinnúmero de pañuelos, perfumes y cosméticos. ¿Dónde rayos la había colocado? Aseguraría que estaba allí. Por tantear apresuradamente, se le volcó la tapadera de los polvos, dejando una mancha blanquecina alrededor. Bah, no le importó gran qué. Ya lo limpiará después.

Trató de estirarse un poco más hasta que sintió los diseños del relieve con sus dedos. Alzando con más cuidado el brazo, sacó entonces la preciosa cajilla de metal repujado. ¡Cómo se había opacado en estos años...! La colocó sobre la cómoda, y luego de observarla por unos segundos, la abrió. Y allí estaba: la loción de hierbas que le había dado Mamaberta, su abuela.

No pudo evitar una sonrisa al ver aquel botecito de vidrio marrón oscuro, de los que utilizaban los boticarios a principios del siglo pasado. Al lado, estaba el gotero con el clásico dedal de hule negro. Ay Mamaberta, cuánto la extrañaba. Sin su apoyo jamás hubiese podido superar lo de... "*Tempi passati*" dijo en voz alta, sacudiendo ligeramente la cabeza y mandando al diablo el vacío que se le había creado en el estómago. Ahora estaba casada con Alessio. Y estaban contentos. Llevaban una vida cómoda. Se querían.

La etiqueta, ya algo amarillenta, se había despegado casi por completo del bote. En ella estaban las instrucciones del uso de la loción, escritas a mano con una pequeñísima letra de carta que no conseguía enfocar a simple vista. ¿Dónde había dejado sus gafas? Ah sí, en el despacho. Con una mano sosteniéndose la espalda y con la otra la caja de metal, caminó medio encorvada hacia allí.

Bueno, más que un despacho era una sala de lectura, amplia y moderna como el resto de la casa. Una gigantesca lámpara colgaba desde el techo de doble altura y al fondo, dos altas librerías albergaban no sólo una vasta cantidad de libros, sino, además, varias decoraciones un tanto abstractas. Dos sillones al estilo *vintage* con cómodos posapiés reinaban en medio de la sala, relegando el escritorio a una esquina, cerca de la gran ventana. Sobre el escritorio encontró sus gafas.

¿Doce gotas nomás? Mariángela dudó unos instantes si, para la intensidad del dolor que tenía, esa dosis sería suficiente. Ojalá, a ver... Se levantó la blusa hasta el cuello, dejando la mayor parte de su espalda al descubierto. Una, dos... contó las doce gotas de loción sobre su mano y enseguida se frotó ese líquido aceitoso y de olor almendrado en los lados de la espalda hasta donde logró llegar.

A los pocos segundos comenzó a sentir cómo su cuerpo se enderezaba, relajado, y cómo sus pies, descalzos, poco a poco se iban separando del suelo. Sí, estaba de pie pero flotando en el aire. ¡Por todos los santos del cielo, estaba levitando! Se separaba, aunque lentamente, cada vez más del pavimento. Un par de lágrimas rodaron por sus mejillas. ¿De emoción? ¿De miedo? No lo sabía; pero subía cada vez más. Y no era una ilusión. Se dio cuenta que sobre la penúltima estantería de una de las librerías estaba la ratita de lana de Punky, su gato birmano. Nunca se le hubiese ocurrido buscarla allí. Se seguía elevando. Si estirase los brazos hacia arriba, lograría tocar ya el techo. No lo hizo. Probó mover un poco los pies, dirigir su rumbo con las manos, pero no lo logró. Faltaban pocos centímetros para que le rozara la cabeza con el techo. ¿Y si en lugar de haber estado dentro de casa...? ¡No, ni pensarlo! Uno, dos... doce. Sentía no sólo en el pecho sino que en todo su cuerpo, los fuertísimos latidos de su corazón. Le temblaba el mentón. Empezó a perder el control. Sólo ahora se daba cuenta de lo que le estaba pasando. Uno, dos... Escuchó ruidos en la puerta de entrada; ese inconfundible tintineo de llaves. “¡Es Alessio!”

Mariángela cayó al suelo. Se lastimó la pierna con la punta del sillón. Maldita silla. Se compuso rápidamente la blusa. Alessio, con Punky en los brazos, se asomó a la puerta del despacho.

—Ah, aquí estás. Hola cariño ¿Te ha caído algo, que escuché un ruido?...

—No, me pegué la pierna con la punta del sillón. Mañana tendré sin duda un moretón del tamaño de la catedral —le respondió Mariángela, masajeándose unos segundos más la pierna. Luego se acercó y le dio un corto beso en los labios. También acarició al gato en lo que le susurraba tiernamente “Alimaña, sé dónde escondiste el ratón”.

—Logré escabullirme de la última reunión —dijo con una sonrisa Alessio—. ¿Vamos hoy a cenar fuera?

—Realmente no me apetece... mejor pidamos algo aquí.

—De acuerdo, me doy una ducha y luego vemos... y, ¿cómo va tu espalda? —dijo Alessio, soltando a Punky en lo que se dirigían a su habitación.

—Mejorando...

Disimuló bien su aflicción con un conato de sonrisa. Y es que la loción de la abuela estaba perdiendo efecto. Aunque no tan intensamente, la espalda aún le dolía. Tal vez sí necesite usar una mayor cantidad... la próxima vez.